

LAS BODAS DE CANÁ Y LA ESTRUCTURA DEL CUARTO EVANGELIO

Como la causa de la negativa del Salvador a su Madre es que aún no ha llegado su Hora, importa mucho discernir cuál sea el significado exacto de esa Hora, hacia la que los momentos todos de la existencia terrena de Jesús se encaminan. Por otra parte, los capítulos Joanneos de la Pasión y Glorificación proyectan luz abundante sobre el sentido del primer milagro y dan pie al autor para exponer luego el alcance profundamente cristológico del signo de Caná, que, sitúa en sus auténticas dimensiones el insoslayable carácter marial del episodio.

L'Heure de Jésus et le signe de cana. Contribution à l'étude de la structure du quatrième Evangile, Ephemerides Theologicae Lovanienses, XXXVI (1960), pág. 5-22

Hacemos nuestras como punto de partida las sólidas conclusiones exegéticas de Gaechter, Braun y muchos otros. Con ellos estamos convencidos de que la Hora de Jesús (Jn 2,4), aún por llegar, es la de su Pasión-Glorificación (cf. pasajes paralelos: 7,30 y 8,20). Suponemos también inherente a la fórmula ¿qué nos va a mí y a ti? (=¿qué hay de común entre nosotros?) un matiz de oposición a la súplica de su Madre; la dificultad radica en precisar lo que momentáneamente les separa.

LA HORA DE JESÚS

En general vale decir que en el cuarto Evangelio *la hora de uno* acontece en el instante de realizarse la acción a que está especialmente predestinado. Por eso, *la hora* de la madre es la del parto (16,21); para los judíos incrédulos llega con la ejecución de su crimen (16,4); y cuando Jesús da cima a la obra para la que fue enviado por el Padre: - su victoria sobre Satán, el pecado y la muerte- dice san Juan que ha llegado *la Hora* del Hijo del hombre (cf. en particular: 12, 23-24, 27, 31-32, y compararlo con Lc 22,53 y Mt 8,29).

Pero ahora nos interesa especialmente desentrañar el sentido más profundo de esta *Hora de Jesús* y de la obra que comporta: todos los acontecimientos de su vida pública se orientan a ella y sin excepción. Esto es evidente, sobre todo, en los milagros. Evocan ciertamente los prodigios del Éxodo, pero además son figuras de los sacramentos que irrumpirán el día en que Cristo salga de este mundo. Por eso, y contrariamente a lo que por lo común suele repetirse, no limitamos la tesis del cuarto Evangelio a demostrar que Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios (¿era acaso esto necesario para sus lectores?, estaban convencidos) sino más bien subrayar la no existencia de hiato entre el Jesús de Nazaret histórico y el Cristo de la fe, Hijo de Dios *presente en la Iglesia y santificador de las almas por los sacramentos*. Este creemos debe ser el alcance profundo de 20,31: el acento habría que colocarlo sobre la palabra *Jesús*. Nunca, con todo, se creará Juan justificado para abandonar la zona de los hechos y entregarse a especulaciones teológicas o alegorías; se limita a vincular íntimamente las creencias y vida de la Iglesia con la historia evangélica.

Si lo dicho hasta aquí es cierto, cabe esperar ver subrayadas con máxima energía, en los capítulos 18 a 21, las improntas *eclesiológica y sacramental* de la *Pasión-Glorificación*. De hecho así sucede.

Carácter eclesiológico y sacramental de la Pasión

El tema del *Reino*, fundamental en los Sinópticos, se halla ausente (excepto -y como de paso- en 3,3,5) de la predicación del Cristo joanneo, que hace más bien hincapié en su Persona, revelación de las riquezas divinas a cuya comunión somos invitados. Mayor será, por eso, nuestra sorpresa al verlo irrumpir, en cambio, -con coloración muy propia de san Juan- donde no es mencionado por los otros Evangelistas: en la *Pasión*. En el cuarto Evangelio la Pasión es algo así como una epifanía de Cristo Rey (doce veces sale la palabra *rey* en los cc. 18-21). A lo largo de su ministerio público la trascendencia de la Persona de Jesús se subraya a menudo: no es de este mundo; como la Sabiduría divina (Ecle 24,3), Jesús es de arriba (3,31; 8,23). Ahora, sin embargo, dirá ante Pilatos eso mismo, del *Reino* que ha venido a instaurar (18,36).

¿Por qué esta transferencia al Reinó de lo que antes se atribuía a la Persona?: el *Reino*, una vez partido Jesús de este mundo, debe ser *como el Cristo prolongado*. Realización de la esperanza mesiánica del pueblo escogido (la inscripción de la Cruz reza: Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos) será, además, un *Reino universal*, pues el Crucificado *atraerá hacia sí a todos los hombres* (12,32); por eso destaca (19,20) qué el rótulo de la cruz estaba redactado en las tres lenguas oficiales. El reino davídico fue desgarrado por el cisma que Ajías predijera rasgando su mejor manto en doce trozos (I Re 11,29-31); no acaecerá otro tanto con el Reino de Cristo: tal parece ser el significado del episodio de la túnica inconsútil sobre la que los soldados echan suertes en vez de rasgarla (19,23-24). Pocos días más tarde, y de modo análogo (21,11), no se rompe la red en la pesca extraordinaria (Juan usa el mismo verbo griego en ambas ocasiones y se relaciona con el empleado en 7,43; 9,16 y 10,19).

Para los Sinópticos la cima del drama de la Pasión es la muerte de Jesús, rica en circunstancias maravillosas: tinieblas, velo del Templo rasgado, terror en los expectadores; san Mateo habla además de los muertos que resucitan. Nada interesa de todo esto a Juan; su relato culmina, en cambio, con un detalle de apariencia secundaria: un soldado -muerto ya Jesús- hunde su lanza en el costado y de la herida brota sangre y agua (19,31-37).

¿Por qué este desplazamiento de la atención? La razón es manifiesta si se tienen en cuenta dos cosas: la venida de Cristo por el agua (bautismo del Jordán) y la sangre (Pasión) de I Jn 5,6-7, y el lugar de privilegio que en el cuarto Evangelio ocupan los sacramentos del bautismo (tema del agua) y de la eucaristía (la sangre del Hijo del hombre: 6,53-56). Completamos este hecho con un dato significativo sugerido por la referencia de 19,36 al libro del Éxodo (12,46): *no le quebrantaréis* (al cordero pascual) *ningún hueso*; el Evangelista alude en este momento a la Pascua cristiana (realización de la judía), cosa que los otros evangelistas hicieron ya en la Cena. Es decir, Jesús, sacramento de vida, cuyo contacto ilumina y vivifica a las almas, va a desaparecer de nuestros sentidos corporales, pero la Iglesia continuará su acción santificadora a través de los sacramentos del bautismo y eucaristía: como el agua y la sangre brotan del costado de Cristo atravesado por la lanza, así también nace de la Pasión redentora la

Iglesia con sus sacramentos. Mientras el Logos se hallaba en la tierra, la economía sacramental no tenía razón de ser.

El don del Espíritu, que coincide con el último aliento del Salvador, debe considerarse en esta misma perspectiva, según el doble sentido de la fórmula: *entregó el espíritu* (19,30). Citemos a I Jn 5,6-7: *Y es el Espíritu el que lo certifica, porque el Espíritu es la verdad. Porque tres son los que testifican: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres se reducen a uno sólo.*

Carácter eclesiológico y sacramental de la Glorificación

Los Sinópticos refieren la elección de los Doce, sus nombres, el aprendizaje del futuro apostolado; Mateo incorpora, además, la promesa a Pedro en Cesarea de Filipos y un discurso (c. 18) sobre la vida de la comunidad venidera. Juan omite toda esta importante vertiente del ministerio público de Jesús. Sin embargo, y en una proposición estructurada según la misma pauta (dos miembros antitéticos) que la fórmula de *atar y desatar* de Mt 16,19 y 18,18, el Resucitado confiere a los Doce el poder de *perdonar y retener* los pecados (20,22-23). Una vez más, pues, nos ofrece la perspectiva eclesial vinculada a la Pasión-Glorificación u Hora de Jesús.

Con frecuencia hablan los Sinópticos de *contactos físicos* con el Maestro y Taumaturgo durante su ministerio público. A veces es Jesús, mismo el que se anticipa, otras son los enfermos. Lucas resume en frase concisa la situación: *toda la multitud buscaba tocarle, porque salía de Él un poder que sanaba a todos* (6,19). Este rasgo no tiene su equivalente en el cuarto Evangelio, y sólo en una ocasión alude al tacto físico en el episodio de la aparición del Resucitado a María Magdalena: *Deja ya de tocarme, porque aún no he subido al Padre* (20,17); lo que verosímilmente significa que, para los hombres, el contacto físico con Jesús no es lo mejor, y ni siquiera esencial; una vez subido al Padre, paradójicamente, podrá establecerse con El una relación física más perfecta, mediante la fe y los sacramentos (no olvidar aquí la paradoja de 14,28: *Yo me voy y vengo a vosotros*). Si poco después (20,24-29) exige a Tomás que introduzca su dedo en las llagas, hay que atribuirlo a su condición de apóstol, testigo oficial de la Resurrección; sin embargo, *dichosos los que creen sin ver*. Con la profesión de fe crea Tomás un clima similar al de Cesarea; pero esta fe de los Apóstoles no llega a su punto culminante hasta la Glorificación del Maestro.

Con muchos otros exegetas atribuimos el c. 21 -apéndice o no- del cuarto Evangelio, al mismo escritor, excepción hecha de los versículos 24-25 y la expresión los *hijos de Zebedeo* (v. 2). En realidad, y por lo que atañe a nuestro tema, ofrece las mismas características que los cc. 18-20.

Coinciden los Sinópticos en su afirmación de que Cristo profetizó a los pescadores galileos que llegarían a serlo de hombres (Mc 1,17 y paral); Lucas aporta el episodio de la pesca milagrosa (5,1-9), símbolo de las futuras conquistas apostólicas de la Iglesia; Mateo, la parábola de la red con toda clase de peces (13,47-50), y Pedro caminando sobre las aguas (14,28-31). En la aparición de Jesús y pesca extraordinaria (21,1-14) damos con el paralelo joanneo de los pasajes mencionados. La semejanza con Lucas es innegable; Pedro se arroja al mar evocando así a Mt 14; *los 153 peces grandes* (cifra

quizás de las especies conocidas o, tal vez, según otros, número triangular -símbolo de plenitud-) nos remiten a *los peces de todas clases* de Mt 13,47.

Conviene insistamos en el *carácter esencialmente eclesial* de este pasaje joanneo: no nos hallamos frente a un octavo milagro de Jesús, que sumar a los siete restantes de su ministerio público; ni siquiera es ésta una acción de Cristo: es la *Iglesia* la que obra aquí asistida por su Fundador, conforme a la palabra: *sin mí nada podéis hacer* (15,7). No se trata, pues, de un signo de la economía sacramental y posiblemente tampoco debe catalogarse como milagro propiamente dicho. La comida que sigue a la pesca (21,12-14) no es eucarística; Lagrange explica el sentido profundo de esta prenda sensible de la asistencia concedida por el Resucitado a su Iglesia: los discípulos han, trabajado siguiendo sus consejos, se han apresurado a reunirse con Él, y Jesús les sirve la refección que les, había preparado.

A continuación; y como respuesta a su triple profesión de amor (21,15-17), confiere Cristo el primado a Pedro: eco en san Juan de Mt 16,13-19. En uno y otro emplea Jesús la expresión: *Simón, hijo de Juan*. Con todo, la escena del cuarto Evangelio no es mero sucedáneo de la de Mateo; en éste, al acto de fe sigue la promesa en futuro: *edificaré*; aquí es profesión de amor y orden de ejecución inmediata. Jesús se presentaba en el c. 10 como pastor único del rebaño; ahora que se va, lo confía a Pedro.

Pocos, sin embargo, se han percatado de una ulterior correspondencia entre los versos que siguen a los hasta aquí conmemorados del primero y cuarto Evangelistas: a la confesión de Cesarea sucede inmediatamente el anuncio de la Pasión y las protestas de Pedro, además también los discípulos deben llevar su cruz y *seguir* al Maestro que un día juzgará al mundo; hay entre ellos algunos que no morirán sin ver antes la instauración de su Reino (Mt 16,21-28). Paralelamente encontramos en nuestro Evangelio, inmediatamente después de la concesión del primado, el anuncio de un martirio de Pedro, muy semejante a la Pasión de su Maestro: así es como deberá *seguirle* (*tú, sígueme*); otro será el destino del discípulo amado: forma parte del grupo de los que deben *quedarse* hasta que Jesús venga (21,18-23).

EN CANÁ DE GALILEA

Cristológico es el núcleo central del relato; secundariamente es *marial y sacramental*. Jesús pretende con el signo *manifestar su gloria* y provocar de este modo la fe en sus discípulos. Ninguna exégesis correcta puede relegar a segundo término este dato fundamental del contexto, subrayado en el verso 11. Es evidente que al escribir y *manifestó su gloria* interpreta el primer milagro de Jesús en función de su *Hora*. La Gloria divina, en otro tiempo presente misteriosamente en el Templo, reside hoy de forma incomparablemente superior, en el Logos encarnado (1,14). Para los Sinópticos la gloria de Cristo se manifestará en su aparición escatológica; san Pablo la ve presente en la Resurrección; ciertamente escondida y sólo perceptible a los ojos de la fe, irrumpe en el cuarto Evangelio desde el momento primero de la Encarnación. El Apóstol de las Gentes ve en la Cruz el gran escándalo de los no creyentes; ese mismo escándalo radica para Juan en el hecho de que con anterioridad a la Pasión-Glorificación la divinidad de Jesús subsiste disimulada bajo los velos de su humanidad. Para ser exactos diríamos que la glorificación de Cristo no da comienzo hasta la llegada de su *Hora* (y es esta glorificación la que condiciona el tiempo de la Iglesia). Toda la existencia y misión de

Jesús será, pues, considerada por el cuarto Evangelista, ya desde el principio, en función de su fin, bajó el signo de la *doxa* que fue revelada a los discípulos por los acontecimientos postreros de su vida terrestre (Resurrección, Ascensión y envío del Espíritu).

El signo de Caná encierra otro importante significado: su *estrecha relación con la tarea mesiánica que Jesús viene a realizar*. Es notorio el contraste entre el primer milagro y los restantes del cuarto Evangelio. Nada vemos en Caná de aquel interés en subrayar el modo y momento de operarse el suceso extraordinario que observamos en los demás signos joanneos. La atención se concentra únicamente en el hecho material de la transformación del agua en vino, que reviste para el Evangelista un profundo significado.

Si queremos hallar una interpretación correcta, superando además la falsa y machacona alternativa entre historicidad o simbolismo que plantean algunos a lo largo de toda la obra de Juan, será oportuno examinar este último rasgo en función de la conciencia mesiánica de Jesús. No puede olvidarse la insistencia con que el Cristo del cuarto Evangelio trata de elevar a sus oyentes a partir de las realidades materiales: del Templo de Jerusalén nos traslada al de su Cuerpo (2,19-21); el agua del pozo de Jacob es aquella otra agua viva del Espíritu (4,10); el maná del desierto evoca el alimento imperecedero y divino (6,32-33); María Magdalena intenta retenerlo sensiblemente, Jesús le habla de un contacto suprasensible (20,17); el mismo rasgo puede observarse en Lc 2,48-49: a María, que le habla de su padre terreno, responde Jesús aludiendo al Padre del cielo.

Idéntico fenómeno en Caná: María no pide explícitamente un milagro; impulsada por la esperanza de la intervención del Hijo (en otro caso no se justifica el consejo que da a los sirvientes), expone a Jesús el compromiso de los esposos: no tienen vino. Pero el Salvador se mueve en otro universo: es uno de los signos de su trascendencia, hasta el punto de que cuanto se hace por atenuar el carácter brusco de la respuesta a su madre lo tendría Juan por atentado contra la divinidad de Jesús. Tampoco debe olvidarse que la perspectiva esencial de episodio es cristológica. Así, pues, Cristo responde pensando en el vino de la nueva alianza que ha venido a instaurar.

El vino es en la Escritura figura de los bienes de la alianza mesiánica (cf. Is 25,6; Gén 49,11-12; Joel 4,18; Cant 1,2; 2,4). En Mc 11,22 y paralelos opone Jesús vino viejo (antigua alianza) a vino reciente (nueva alianza). Ese mismo significado adquieren en Caná el vino flojo del principio y el buen vino que les da Jesús. A una copa de vino se vinculará en la última Cena la instauración de la nueva alianza.

Jesús declara que *aún no ha llegado su Hora*. Como en otras ocasiones alude aquí también a su *Pasión-Glorificación*. Resulta más evidente esta afirmación si se tiene en cuenta la estructura literaria del cuarto Evangelio y su concreto propósito doctrinal, ya expuesto en la primera parte del artículo. Podemos dar, pues, el contenido exacto de esta referencia de Jesús a su Hora: *en la Cruz, y sólo en ella, tendrá lugar la definitiva fundación de la Iglesia: ella administrará los sacramentos, dándonos a beber el vino mesiánico*.

Nos parece que, a partir de las aclaraciones que preceden, el pasaje que comentamos se ilumina: Jesús; cuyos ojos lo ven todo bajo el prisma de la misión que el Padre le ha confiado, interpreta la petición de su Madre como si se tratara de una demanda

prematura del *vino mesiánico*, y le responde que aún no ha llegado *la Hora*. No veamos reprensión en sus palabras: ¿qué culpa podía haber en no estar al corriente de los secretos del plan divino? Únicamente prueba su fe con esta respuesta enigmática. Hasta tal punto no parece sentirse rechazada María que, dirigiéndose a continuación a los sirvientes, les ruega sigan las indicaciones de su Hijo. Se repite la escena del encuentro en el Templo (Lc 2,48-50): no comprende las palabras del Hijo-Dios y se fía sencillamente de El; presenta a Jesús la pobreza humana (*no tienen vino*); seguidamente ofrece el Hijo a los hombres (*haced lo que Él os diga*), expresando la pura gracia de la acción en su favor. Jesús obra entonces el milagro.

Podemos, pues, afirmar que en este milagro el oportuno socorro prestado a los esposos se ve ampliamente rebasado por un nuevo e íntimo sentido que va más allá de lo que María pudo solicitar o esperar de su Hijo.

Hallamos además en el desenlace un rasgo típicamente joanneo: mientras los Sinópticos exigen normalmente la condición de una fe absoluta en el agraciado con el milagro, gusta a Juan dejar a Jesús el hallazgo del *tono* e iniciativa. De este modo tendremos que unas veces el Salvador se anticipa a la demanda (2,3; 5,7; 6,5-9; 9,6-8; 17,36-38), otras sabe darle un sesgo imprevisto (4,47; 11,3,21, etc.). Todo esto acontece en Caná: inesperadamente la penuria queda sustituida por la abundancia y calidad extraordinarias del vino (2,6-10); éste no se otorga tanto para saciar a los comensales como para sugerir la riqueza de los tiempos mesiánicos (aquí caería bien la advertencia de 2,21: *pero él hablaba del vino de la nueva alianza*).

Aun cuando dispensa beneficios materiales rehuye parecer el Mesías de bienes temporales que esperaba Israel (ct. c. 6). Sabe, además, dar a sus milagros un alcance que difícilmente sospecharon los testigos presenciales. En mejor situación se encuentra el lector del Evangelio, gracias a la luz que proyectan las realizaciones ulteriores: quien transforma en vino exquisito el agua destinada a los ritos de purificación judíos sabrá, en su día, sustituir las antiguas instituciones por una economía incomparablemente superior. En las bodas ordinarias precede el buen vino y le sigue el flojo; este orden se invierte en el plan salvífico de Dios.

Los pasajes subsiguientes confirman esta exégesis: la expulsión de los vendedores del Templo evoca el templo perfecto que constituirá su Cuerpo glorificado (2,13-22); en el coloquio con Nicodemo (3,1-21) se trata explícitamente del nuevo nacimiento en el espíritu; el segundo testimonio del Bautista (3,22-36) muestra a Cristo, esposo de la nueva alianza; el contraste entre el agua del pozo de Jacob y la que Jesús ofrece (4,1-42) sugiere la oposición entre dos economías; la designación de Jesús, *Cordero de Dios* (1,29, 36) anuncia el término de la Pasión (19,33-36).

Digamos, pues, sencillamente, que los relatos iniciales del cuarto Evangelio están relacionados íntimamente con *la Hora de Jesús*, tal como fue definida en la primera parte. Caná es un signo, símbolo de la nueva alianza y, más en concreto, del vino eucarístico con que Jesús regalará a los hombres al fin de su Pasión.

La Hora de la Mujer

Queda por señalar un aspecto importante en la explicación teológica del milagro de Caná. El signo inaugural del ministerio público de Jesús -anticipo del vino mesiánico de la nueva alianza - es otorgado *por medio de María* -representante de la Iglesia-, quedando de este modo vinculada por su Hijo a la obra de instauración de una alianza nueva entre Dios y los hombres. La extraña respuesta de Jesús a su Madre (2,3) permite entrever que también María -la *Mujer*- tendrá su *Hora* (cf. 16,21) *que coincidirá con la del Hijo*. Sin una intención de orden doctrinal no es fácil explicarse cómo en una narración escueta y sistemática, que apenas ofrece pábulo a la curiosidad, puede mencionarse hasta tres veces la presencia e intervención de María, siendo así que sus palabras no son necesarias para la inteligibilidad del milagro. Durante el ministerio público traza Jesús infranqueable barrera de demarcación entre él y su familia humana; con esta exégesis de Caná se ilumina también otro pasaje difícil de los Sinópticos (cf. Mc 3;31-35 y paral.) Refiriéndose a su misión de Hijo de Dios encarnado, no admite Jesús más dependencia que la que media entre su Padre y el único Redentor: ésta es la infranqueable frontera que la Escritura impone siempre a la mariología. Al término de la Pasión llega *la Hora de María*, que es también *la Hora de la Iglesia y de los Sacramentos*, pudiendo así establecerse la equivalencia: Hora de Jesús = Hora de la Iglesia y Sacramentos = Hora de la Mujer (María, en su función mesiánica). En el cuarto Evangelio, y también en los Sinópticos, la perspectiva de una Iglesia continuadora de su acción nunca está ausente de la actividad salvífica de Jesús, que culmina en *su Hora*. En Caná; como en Apoc 12, María (la Mujer) y la Iglesia se hallan hermanadas en su función soteriológica.

Resulta así que Caná prenuncia la escena de Jn 19,25-27, significándonos que los adioses de Cristo crucificado a su Madre van más allá del gesto de piedad filial. Efectivamente, en íntima fusión, una vez más, con la Iglesia y los sacramentos, cuya perspectiva, según vimos, colorea todo el contexto que sigue y antecede, aparece María (la Mujer) definitivamente investida de la función que el Hijo quiere confiarle. Digámoslo ya sin temor: María interviene en Caná porque este milagro se orienta a la economía de la era de la gracia.

Por razones de piedad poco ilustrada atenúan algunos la brusquedad de la respuesta de Jesús a su Madre (2,3), desenfocando de este modo la Cristología y Mariología joanneas. Les escandaliza, sobre todo, el apelativo *mujer*. Desaparece la dificultad teniendo presentes los paralelos del Calvario (19,25-27), y Apoc 12. Ya en Caná esta insólita denominación es índice de que Jesús pretende, en su respuesta, trascender el plano de las realidades humanas ordinarias y *eleva consigo a su Madre a este mismo nivel*.

Lo hasta aquí dicho sobre Caná tiene aplicación en los otros milagros del cuarto Evangelio. Todos prenuncian *la Hora* y anticipan la economía sacramental. Este *primer signo* es la clave al comienzo de una partitura musical. No inventamos, es Juan mismo quien lo sugiere al subrayar que el Salvador realizó el milagro de Caná a título de comienzo de sus signos (2,11).

Bibliografía:

- J. P. Charlier. Le Signe de Cana. Essai de théologie johannique (Bruxelles-Paris 1959).
M. E. Boismard. Du Baptême à Cana (Paris 1956).
Schnackenburg. Das erste Wunder Jesu, Jo 2;1-11. (Freiburg i.B., 1951).
Leal. La lloira de Jesús (Estudios Eclesiásticos 1952, pág. 357 ss.).
Braun. La Mère des Fidèles. Essai de Théologie johannique (Tournai-Paris, 2.^a edición 1954).
Galot. Marie dans l'Evangile (Paris-Louvain, 1958).

Tradujo y condensó: JULIAN MARISTANY